



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

Nuestra victoria depende de la fidelidad

Exposición del Mensajero del Eterno

EN la escuela de nuestro querido Salvador, nos beneficiamos de grandiosas instrucciones. Estas nos permiten ver las cosas bajo su verdadero aspecto y saber cuál es la línea de conducta que hay que seguir para recibir la bendición. Por mediación de la fe, ya podemos sentir la benéfica acción de la gracia divina que nos tranquiliza y nos vivifica. Esta influencia actúa sobre nuestro sexto sentido y nos procura una maravillosa esperanza.

Todas estas impresiones fueron sentidas más o menos por los hombres de Dios que nos precedieron. Nuestro querido Salvador especialmente, tuvo sublimes y magníficas esperanzas. Él las comunicó a sus queridos discípulos, que no pudieron seguirle siempre en la profundidad de sus enseñanzas.

Actualmente, nosotros también podemos ser miembros de esta hermosa familia divina que recibe la gloriosa ayuda del espíritu de Dios. Esta influencia procura al corazón la calma y el gozo; nos permite, por medio del pensamiento, ser transportados de antemano en el Reino de Dios. Este reino resolverá todos los problemas, enjugará todas las lágrimas y hará felices a todos los seres humanos.

Será entonces la vida eterna en la abundancia, en la felicidad y en la armonía maravillosa que resultan de los principios divinos vividos. Será el funcionamiento de la familia divina, en la cual los hermanos viven; juntos en armonía y donde hay la bendición y la vida por la eternidad.

Los seres humanos, bajo la influencia del adversario, han venido a ser de tal manera hipócritas y mentirosos, su mentalidad ha sido tan profundamente falseada, que son incapaces de controlar sus sentimientos. Ellos ven, por cierto, el mal que los rodea colectiva e individualmente, y a menudo se preguntan cómo hay que hacerlo para remediar la situación que se pone cada vez más desesperada.

Hablan del problema social, pero no piensan en la única solución, tan sencilla, de la observación de la ley divina. No obstante, es fácil concebir que, si esta ley fuera vivida, si se amara a Dios por encima de todo y al prójimo como a sí mismo, todas las dificultades desaparecerían de una vez, y no habría más pobres ni más desgraciados.

En efecto, ¿cómo sería posible dejar en desventaja al prójimo si se le amara? ¿No se quisiera prestarle ayuda, si se le viera desgraciado, si tuviera hambre o frío? Nadie querría perjudicar a nadie. Al contrario, habría una mutua abnegación en dirección al bien, a la ayuda, y al afecto fraternal. Cada uno estaría deseoso de servir y de gozarse a su prójimo.

En cuanto a nosotros, tenemos la inmensa dicha de haber visto brillar la grandiosa luz de la verdad que nos ha visitado. Esta luz, en cierta medida, ha disipado las tinieblas en las cuales también estábamos sumidos.

Ahora conviene saber que empleo le damos a esta preciosa arma que tenemos en las manos, porque la verdad sólo puede ser útil cuando se vive. Si hacemos lo necesario concerniente a lo que sabemos, podremos verdaderamente formar esta familia divina unida, en la cual cada uno se comprende, se respeta y se ama. Entonces es agradable vivir, porque el amor es el punto de reunión que nos liga unos a otros.

Si no hacemos los esfuerzos para vencer el dominio del adversario, que quiere siempre inducirnos en el egoísmo, es seguro que la unidad no podrá ser realizada; habrá dificultades, contrariedades y contradicciones, porque la circulación del amor será interrumpida.

Si recibimos amor y que a nuestra vez no lo distribuimos, cortamos la circulación. Pero, al contrario, si estamos deseosos de hacer beneficiar a otros de las mismas ventajas que recibimos, nada es retenido. Entonces puede haber una circulación generosa e intensa de este maravilloso fluido del amor divino, que es la fuente de la felicidad y de la vida.

La ley divina está hecha de manera que, si queremos ser felices, es necesario que existamos para el bien de nuestros semejantes. Si retenemos algo egoístamente, hay inmediatamente estancación, y este estancamiento es para nosotros una inmensa desventaja.

De esto podemos deducir, que los que procuran otorgarse satisfacciones en toda clase de cosas personales, que se ocupan continuamente de sí mismos y de su bienestar individual, sin pensar en su prójimo, se hacen un daño considerable. Nuestro sistema nervioso sensitivo no es accesible al bien, sino cuando se pasa por el prójimo. Todo el bien que hacemos en nuestro entorno se repercute como bendición sobre nosotros.

Como lo vemos, los seres humanos están en una oscuridad profunda. Ellos hacen precisamente lo contrario de lo que les procuraría la vida, la salud y la felicidad. Por eso, cuánto nos regocijamos de saber que un día será levantado completamente de la tierra este velo de tinieblas, y que el conocimiento del Eterno será el patrimonio de toda la humanidad.

El profeta Habacuc lo experimentó en su corazón y se expresó así: "La tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el fondo de los mares." Esta luz era ya muy apreciable, y brillaba en el antiguo pacto, revelando los tiempos futuros.

Las enseñanzas de los profetas han alimentado en nosotros nuestras esperanzas, nuestras seguridades y nuestras certidumbres, y nos han ayudado a correr en la liza con perseverancia, para recibir poco a poco, en el momento favorable, precisiones más grandes, seguridades más profundas, una luz cada vez más brillante. Actualmente, la luz de las enseñanzas divinas llega a ser fulgurante; es capaz de atravesar las tinieblas más densas.

El Señor está deseoso de dar a sus queridos hijos todo lo que les es necesario para alcanzar la meta. Pero si él es fiel en sus promesas, quiere también que estemos deseosos de llenar las condiciones y de cumplir con nuestros compromisos. Entonces el éxito es seguro.

Bajo el reinado de David, el pueblo de Israel pudo realizar cosas maravillosas. Naturalmente, David manifestó muchas pobreza y debilidades, pero procuraba con todo su corazón hacer la voluntad divina. Él se humillaba profundamente cada vez que se había descarriado, y se recobraba poniéndose humildemente en las manos del Eterno.

Su actitud reverencial hacia el Eterno, la verdadera y sincera contrición de su corazón y su entusiasmo por la ley divina lo mantuvieron a pesar de sus fallos. Durante su reinado él llegó a realizar un magnífico ambiente en el seno del pueblo de Israel.

Por cierto, David no manifestó una línea de conducta irreprochable, pero, a pesar de todo, los rasgos magníficos de su carácter y su profunda adhesión al Eterno le permitieron recibir la bendición divina. Él pudo hacer brillar el esplendor y la belleza de la ley delante de los pueblos vecinos. Cuando entregó su reinado en manos de Salomón, la reputación del pueblo de Israel se había extendido por todas partes. De muy lejos venían para darse cuenta de la bendición que reposaba sobre él.

En cambio, cuando Israel se relajó, cuando dejó de practicar la ley, el resultado de su línea de conducta se manifestó también en consecuencia. La bendición se fue. En lo sucesivo no era más útil que el pueblo de Israel siguiera funcionando como pueblo simbólico del Eterno, puesto que no hacía lo que podía mantenerlo en este favor.

Es exactamente lo mismo con nuestras pequeñas estaciones. Estas fueron establecidas para dar la ilustración del Reino de Dios. Si no realizan esta manifestación, no tienen más su razón de ser. Hay diferentes ramas en la obra del Señor. Hay evangelistas y amigos que hacen la obra pastoral. Tenemos igualmente artesanos, impresores, y otros más.

En su radio de acción, cada uno es llamado

a crear el ambiente del Reino de Dios. Entonces resulta de ello una inefable y gloriosa bendición. En cambio, si este resultado no es obtenido en uno u otro de estos departamentos, una continuación de actividad no tendría más su razón de ser.

De parte del Eterno, yo nunca he visto otra cosa sino una fidelidad a toda prueba, en todos los dominios y en todas las direcciones. Se nos presentan todas las ocasiones útiles para correr la carrera con éxito y afirmar nuestra vocación y nuestra elección.

Tenemos a nuestro alrededor hermanos y hermanas que corren la carrera como nosotros. Tenemos el honor y el privilegio de rodearlos de afecto y de estimularlos, dándoles el buen ejemplo. Debemos orar por ellos, pagar también por ellos si somos miembros del cuerpo de Cristo, reparar las brechas y colmar los déficits. Estos son magníficos ejercicios, que ennoblecen nuestro corazón de una manera sublime y que nos afirman en los caminos divinos.

Es posible que tengamos muchas debilidades, muchas pobreza, incapacidades momentáneas; no importa todo esto, si tenemos buena voluntad, honradez por reconocernos y celo por dejarnos transformar por medio de la práctica de la verdad.

La paciencia del Eterno nunca falta. Su apoyo es generoso y su amor inmenso. Sus compasiones son inefables, pero es menester que estemos deseosos de vivir el programa y dejarnos educar, puesto que es lo más esencial. Cuando no hay buena voluntad, no hay nada que hacer.

En nuestras estaciones podríamos dar un grandioso testimonio, lo que convencería a todo el mundo; pero sería preciso desplegar un ardor mucho más acentuado para realizar paulatinamente las lecciones.

Es interesante ver cómo hay amigos que despliegan a veces un celo muy grande para cosas más bien secundarias. En cambio, descuidan completamente lo que es indispensable y lo que el Eterno considera como una parte importante de su ministerio.

El Señor nos sostiene admirablemente por la gracia divina, por la propiciación que él realiza continuamente a nuestro favor. Pero todo esto nos es concedido, en espera de que hayamos hecho los progresos necesarios, de modo que poseamos nosotros mismos nuestra propia potencia.

Es necesario que acabemos por decir, como el apóstol Pablo: "He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe, por lo demás me está reservada la corona de justicia". Respecto a mí, quiero dar un buen testimonio y deseo poner toda mi alma en mi ministerio. Poco me importa que mi vida sea larga o corta, que yo sea honrado o despreciado. Para mí lo esencial es que sea fiel.

Los amigos que se presentan para entrar en una estación, están muy de acuerdo, al principio, para llenar todas las condiciones del programa. Ellos afirman que quieren poner en ello todo su corazón, prometiendo todo lo que se les pide.

¿Pero cuántos hay que siguen después con perseverancia en la misma dirección, sin dejarse enganchar por esto o por aquello, y sin dejarse suggestionar por el adversario? Es necesaria la perseverancia y la continuidad en el esfuerzo diario, pues de lo contrario, es seguro que a cada momento seremos vencidos por la prueba que viene, la cual es para ayudarnos a reformarnos.

No hemos de romper nunca el contrato hecho con el Eterno; todo lo contrario, hemos de pro-

curar con todo corazón realizarlo con fidelidad. Es menester estar deseosos de seguir adelante, y de cumplir con nuestro deber, apreciando el inmenso privilegio de poder trabajar para el establecimiento del Reino. En un momento dado, el Reino estará instaurado, y entonces no habrá ya manera de apresurar su venida.

Los antiguos personajes que nos han precedido hablaron ya, en su tiempo, de un Mesías, de un Salvador y de un Libertador. Cristo vino en el momento fijado, y llenó exactamente todas las obligaciones que él había asumido voluntariamente.

Sin embargo, había múltiples cosas que se le presentaban constantemente. Había todo el pueblo que le seguía y que quería recibir instrucciones, ser consolado, sanado y ayudado. Había los escribas y los fariseos que le odiaban a muerte, y que hacían todo cuanto podían para desacreditarlo y poner trabas a su ministerio. ¡Y también sus queridos discípulos que él amaba tan profundamente, y que algunas veces le comprendían tan poco!

Había verdaderamente todo lo que era menester para minar el entusiasmo y abatir el espíritu que estuviera mejor dispuesto. Había también la dificultad que los judíos no estaban completamente libres, encontrándose bajo la soberanía de los romanos. No obstante, cuando nuestro querido Salvador entró triunfalmente en Jerusalén, no son los romanos que se lo impidieron. El pasó delante de ellos sin que mostrasen hostilidad alguna para cerrarle el paso.

El pueblo exclamó: "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel!" Los romanos escucharon tranquilamente sin hacer el menor ademán de prohibición. Eran los judíos que no estaban nada contentos y que reclamaban.

Como lo vemos, nada puede alzarse contra la voluntad del Eterno. Las fuerzas más violentas se estrellan inútilmente contra el poder divino. Basta una sola palabra del Señor para que todo vuelva a recobrar la calma, como sucedió con la tempestad sobre el lago de Genesaret. Es también, así como Dios comunica su poder a sus servidores. En esto se reconoce un verdadero profeta de Dios, en que se cumplen las palabras que pronuncia.

Tenemos a un Maestro en quien reposan la omnipotencia y la omnisciencia. No tenemos, pues, nada que temer, con tal que sigamos sus consejos. Pero no hemos de esperar la última hora para hacer lo necesario. Es preciso prepararnos de antemano para el momento supremo, para cuando sea cuestión de mostrar cuál es el valor de nuestra fe y la formación de nuestro carácter.

Combatamos, pues, con celo, habituándonos día tras día a renunciar a nosotros mismos y a rechazar al adversario con las armas de Dios. Tenemos el poder para vencerlo, si nos apoyamos en el Señor. Ninguno puede impedirnos conseguir la victoria.

Nadie puede impedir que se establezca el Reino de Dios en la tierra. Pero, naturalmente, es menester que nos mantengamos en la nota, y que nos conduzcamos de forma que el Eterno pueda estar a nuestra diestra. El Eterno ama a sus queridos hijos, y está atento a sus oraciones. Él los escucha, porque sus hijos procuran hacer lo que le es agradable.

Es indispensable que nos pongamos completamente de acuerdo con los caminos divinos. Estos no piden en primer lugar sacrificios de

nosotros sino, sobre todo, que nos pongamos en completo acuerdo con el programa del Señor.

Por lo tanto, no es cuestión de querer reprochar cualquier cosa a nadie, de hablar mal de nuestro hermano o de nuestra hermana, de tener suspicacias, animosidades, etc. Lo que importa es poner orden en nuestro corazón, para que el poder de la gracia divina pueda obrar fácilmente en él.

El Señor dirige a sus queridos hijos, él no deja que les falte nada si escuchan sus instrucciones. El programa está delante de nosotros, maravilloso y sublime, pero sólo nos entusiasma en la medida en que procuramos vivirlo.

Si manifestamos infidelidad, el entusiasmo empieza a menguar. Si persistimos en la infidelidad, entonces el entusiasmo desaparece completamente. De modo que nos encontramos con las manos vacías, sin valor ni fuerza.

Sucede entonces como con alguien que se va a morir: los manjares más delicados no le agradan. Como lo dice Eliú en Job 33: "Cuando el hombre está sobre su cama, y que se le acercan los precursores de la muerte, la alcaparra no surte más efecto en él; aborrece la comida más suave, es el fin para él".

Si nos beneficiamos de un nuevo nacimiento, conviene que lo alimentemos. Si no hacemos lo necesario, la vitalidad disminuye, y pronto viene la muerte. Entonces desaparecen la alegría, la esperanza y la seguridad, y nos encontramos más infelices que antes, cuando no sabíamos nada de los caminos divinos.

¡Cuántas cosas nos presenta el adversario para hacernos abandonar, para fatigarnos, entibiarnos y abatirnos! A nosotros toca no dejarnos manejar, sino coger la mano amiga de nuestro querido Salvador que nos dice: "Tened ánimo, yo estoy con vosotros y os sostengo".

Tenemos todas las posibilidades, todas las ventajas y el auxilio necesario. Si no tenemos éxito, será simplemente porque habremos tenido mala voluntad, y que el programa divino nos habrá sido menos precioso que nuestras comodidades y nuestros deseos egoístas.

Prestemos, pues, atención a nosotros mismos, a fin de no marrar el objetivo, después de haber corrido en la liza; procuremos ser fieles hasta el fin, para tener el inefable consuelo de la aprobación del Eterno. Él está ardientemente deseoso de decirnos: "Bien, buen servidor y fiel, entra en el gozo de tu Señor."



Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Cómo hemos realizado el espíritu de la familia divina que se traduce en el amor desinteresado, la nobleza y la unidad?
2. ¿Hemos existido siempre para el bien y la bendición de nuestro prójimo, sin buscar nada egoístamente para nosotros?
3. ¿Nuestra fidelidad en los pormenores, y nuestros esfuerzos de humildad, nos han hecho sentir la aprobación del Señor?
4. ¿Hemos sido un intercesor, un reparador de brechas y un estímulo para el prójimo?
5. ¿Qué victorias hemos tenido en el combate contra nuestros deseos personales, para aceptar el servicio amable del Señor?
6. ¿Ha sido nuestra actitud digna y reverencial; nuestra contrición sincera y veraz; nuestra sumisión humilde y entera?